



Casanova, Pascale, *La lengua mundial. Traducción y dominación*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Ethos Traductora [Colección Estudios, 2], 2021. 160 págs. ISBN: 978-987-46993-4-3. Prólogo de Roberto Bein. Traducción de Laura Fóllica

Hernán Maltz

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
Universidad de Buenos Aires
Argentina
hermaltz@gmail.com



Hay, como mínimo, dos motivos para celebrar la aparición de la versión castellana de *La lengua mundial. Traducción y dominación*, de Pascale Casanova. Por un lado, se trata de la primera traducción de un libro suyo editada y publicada en la Argentina –vale recordar que la versión castellana de *La República mundial de las Letras*, con significativa

recepción en diferentes círculos de los estudios literarios de nuestro país, siempre circuló en su edición ibérica de Anagrama (2001). Por otro lado, esta traducción es el segundo título de un valioso proyecto editorial que fortalece la institucionalización de los estudios de traducción a nivel local: la Colección Estudios –dirigida por Bárbara Poey Sowerby–, de Ethos Traductora –liderada por Gabriela Villalba.

En principio, *La lengua mundial* consiste en una profundización de una cuestión ya referida en *La República mundial de las Letras*: la emergencia y la existencia dinámica de un espacio de convivencia no pacífica entre lenguas (y literaturas) nacionales. Tal como advierte la autora en el apartado introductorio, “hay que partir de la observación de que hay lenguas dominantes y lenguas dominadas, y de que, entre ellas, hay una que domina a escala mundial” (24). De este modo, pronto introduce un conjunto de conceptos, ya familiares para sus lectores previos, entre los que el de *dominación lingüística* se destaca como uno de los pilares; a su vez, este sintagma permite visualizar las relaciones entre las lenguas como un ámbito de desigualdad en que priman la lucha y la competencia. A partir de este marco general, el recorrido argumentativo de todo el texto se aboca en efectuar un somero repaso, histórico y analítico, del ascenso y la caída de una lengua dominante en el pasado, el francés, en el marco de la “tranhistoricidad del modelo de las lenguas mundiales” (27).

El libro se divide en cinco capítulos, precedidos por una introducción (“*Exordium*”) y sucedidos por un epílogo (“*Exitus* o el regreso de las Bellas Infieles”), además de unas palabras preliminares a cargo de las editoras y un prólogo escrito por Roberto Bein, un referente de los estudios de traducción locales.

En el “*Exordium*”, Casanova declara sus principales preocupaciones y los conceptos centrales a los que apela, tal como indicamos más arriba; en particular, anticipa que concibe las relaciones de dominación lingüística por medio de tres fenómenos (todos indicadores generales de situaciones de desigualdad entre lenguas): el bilingüismo –“el uso alternado que hace un mismo hablante de dos lenguas” (23)–, la diglosia –“la presencia de dos lenguas en una comunidad con funciones comunicativas complementarias” (23)– y las operaciones de traducción –vinculadas con la reproducción de las “desigualdades lingüísticas” (23), pero también como forma de resistencia o lucha ante ellas (30)–. En estas páginas introductorias encontramos las primeras definiciones sobre la lengua mundial, que tiende a “expandirse más que las otras” (25). Consigna la autora: “una lengua es mundialmente dominante si es una lengua segunda usada por los hablantes bilingües del mundo entero” (31). Y, unos párrafos antes, leemos: “al ser la única lengua legítima en los planos mundial y social, tiene más [...] valor que las demás. La prueba radica (radicaría) en que es la única que *otorga* valor en traducción” (28). Dicho sea de paso, a propósito del empleo del vocablo “valor”, cabe destacar que la apropiación de términos de la economía es una marca muy fuerte en la historia de la traducción, tal como señala Bein en su preciso prólogo (17), y la propia Casanova no escapa a esta tradición, al apelar en sus análisis a términos como el propio valor (28 y ss.), el mercado (24 y ss.), el capital (25 y ss.), la tasa de cambio (86), etcétera – ella misma, más adelante, explicita la dificultad de escapar a este influjo semántico, al que denomina bajo el rótulo de “economía simbólica denegada en el mercado de las lenguas” (142-143)–.

El primer capítulo, “El bilingüismo latín-francés”, describe un extenso período temporal, a partir del siglo IX, en que el francés se sitúa como una lengua dominada ante la centralidad del latín, que ostentaba las comunicaciones del saber y la Iglesia —y, por ende, se trataba de la lengua con mayor jerarquía—. Progresivamente, el francés va ganando lugar en la contienda y se entremezcla, en la sintaxis y en el vocabulario, con los usos prestigiosos del latín. En términos de Casanova, a través de préstamos, perífrasis y otro tipo de estrategias, el francés acumula capital simbólico (sintagma que la autora toma de su mentor académico, Pierre Bourdieu). Ya en los siglos XVI y XVII, “la gran novedad fue la voluntad de elaborar reglas, inventariar e instalar una reflexión lingüística y gramatical” (53). De este modo, a grandes rasgos, la autora describe el proceso —dinámico y relacional— por el que se constituye el francés estándar, así como su progresiva instauración en la posición dominante de lengua mundial.

El siguiente capítulo, “Cuando había que defender el francés”, hace énfasis en los tiempos en que el declive del latín no terminaba de concluir, mientras que la consagración del francés no lograba materializarse del todo. Para esto, la autora se detiene en el análisis de un texto de Joachim Du Bellay, originalmente publicado en 1549: “*La Deffence et illustration de la langue françoise* [...] me ha parecido un buen ejemplo que permite entender las luchas que se libraron en la primera mitad del siglo XVI para ‘enriquecer’ o no al francés, para discutir los beneficios (o no) de la traducción y para combatir al latín” (57). Casanova lee, en el aporte de Du Bellay, argumentos sostenidos que permiten una “acumulación inicial de capital” (61), tanto lingüístico como literario. Sin embargo, en este punto cabe un reparo, pues en un par de ocasiones la autora se refiere al *campo literario francés* (59 y 74), lo cual

parecería poco atinado para describir una coyuntura en que la autonomización de dicha esfera todavía precisaba de más tiempo para conformarse de manera estable.

El tercer capítulo, “La traducción como conquista”, aborda un estado del espacio lingüístico en que el francés ya ocupa un lugar central, aunque, en el proceso de liberación del influjo del latín, sobreviene una disputa con otras lenguas: el inglés, el italiano y el alemán. Las traducciones eran “concebidas por entonces como armas de una pugna entre las lenguas, las literaturas y las ‘naciones’ europeas, como un modo exitoso de importar grandes valores” (84). A propósito de la metáfora bélica, cabe subrayar, de todas formas, que Casanova traza una diferencia entre las supremacías económica y militar, por un lado, y las disputas lingüísticas, por otro, pese a que (en el apartado de clausura) reconoce que estas últimas pueden reforzar a las primeras (137). La nueva conformación, entre los siglos XVIII y XIX, de una “competencia literaria mundial” (88) –aunque el empleo del vocablo “mundial” solo se centre en algunas lenguas europeas– halla un aspecto sustantivo en las operaciones de traducción, en que el modelo alemán, respetuoso de la fidelidad a los originales, se enfrenta con el paradigma francés, apoyado en la ornamentación y la reapropiación libre de los textos fuente.

El cuarto capítulo, “Las belles infieles”, amplía justamente la explicación sobre el paradigma traductivo francés, que desarrolla una mayor orientación hacia el público receptor; de hecho, la propia idea de “público”, tal como recuerda Casanova, era novedosa en el siglo XVII (94). También por aquella época emergen las “traducciones libres”, que solían tomarse licencias relativas a modificar, sustraer o agregar pasajes, contenido, vocabulario e incluso la propia estructura

de los textos; Casanova explica: “Debido a este distanciamiento del original, las traducciones fueron llamadas ‘bellas infieles’, apelativo acuñado por Gilles Ménage (1613-1692)” (96). En afinidad con su argumento principal, no juzga a este fenómeno como un mero desenvolvimiento del sistema literario francés, sino que lo interpreta a la luz de la contienda lingüística internacional:

[...] dado que entre el siglo XVIII y la primera mitad del siglo XX el francés se había convertido en el “latín de los modernos”, es decir, en la lengua mundial, la traducción – también mayormente vertida al francés– se transformó en “infiel” y etnocéntrica. Ante tal dominación lingüística, todas las traducciones se volvieron desenvueltas y, sobre todo, anexionistas, empeñadas en hacer de todo texto un texto “francés”, escrito según las normas francesas. (109)

El último capítulo numerado, el quinto, lleva el título de “Leopardi y el francés”. Así como el precedente se aboca a la competencia entre los modelos de traducción alemán y francés, en este la autora se dedica a repasar los argumentos del poeta Giacomo Leopardi (1798-1837) en su *Zibaldone*, una suerte de diario de apuntes intelectuales en que, entre otras cosas, medita sobre las relaciones asimétricas entre el francés y el italiano. Allí, el italiano no solo reflexiona, sino que intenta generar efectos concretos por medio de “desacreditar al francés” (129) y proclamar la “autosuficiencia del italiano” (131).

Cierra el libro un epílogo, bajo el título de “*Exitus* o el regreso de las Bellas Infieles”, en que Casanova comenta la situación contemporánea: el francés ha perdido el lugar de lengua mundialmente dominante, reemplazada por el inglés –en gran medida, en su variedad estadounidense–. En este nuevo

predominio, la autora percibe algo similar a lo que había sucedido anteriormente con el francés y sus traducciones libres: el inglés actual parece estar excesivamente orientado a complacer al público y el mercado. Apoyándose en el trabajo de Lawrence Venuti (*The Translator's Invisibility: a History of Translation*), Casanova postula la invisibilidad de la figura del traductor ante una política lingüística que prefiere un estilo de inglés llano y que, con frecuencia, privilegia la imperceptibilidad de la lengua original de los textos. Al final, retoma y refuerza su argumento general, basado en la desigualdad fundante entre las lenguas, con sentencias como la siguiente, que otorgan al texto cierto efecto de circularidad (si acaso recordamos la primera cita que introdujimos en esta reseña, presente en la página 24 del libro): “Partiendo de que se da una guerra entre las lenguas a causa de la desigualdad, advertimos, entonces, que cada lengua lucha con armas lingüísticas o literarias para conquistar recursos, prestigio y poder” (143).

Las críticas que pueden efectuarse a *La lengua mundial* son prácticamente las mismas que ya era factible posar a *La República mundial de las Letras*. Al menos por mencionar dos, cabe remarcar, en primer lugar, el marcado eurocentrismo del trabajo –en que el uso del adjetivo “mundial” se justifica solo por el breve desarrollo, en las últimas páginas, sobre el inglés estadounidense como la lengua dominante en la actualidad– y, en particular, su francocentrismo –más allá de que, al menos en este libro, Casanova sí se molesta en explicitar tal orientación (34)–. En segundo lugar, prima una argumentación que, al remitirse en última instancia a la lucha y la dominación lingüísticas como causas y efectos esenciales de los fenómenos estudiados, parece recaer en una circularidad explicativa y un reduccionismo comprensivo (la lucha, a fin de cuentas,

parecería explicarlo *todo*, y no hay matices explícitos al respecto en ninguna parte); a esto se suma un tono enunciativo que, por momentos, puede percibirse como caprichosamente categórico, innecesariamente repetitivo e incluso con cierta pretensión de universalidad en sus postulados –por ejemplo, al manifestar algunas observaciones en la forma de “leyes” (27 y ss.)–.

Sin embargo, si seguimos lo que sostienen las editoras de la versión argentina en sus palabras preliminares, la lectura de *La lengua mundial* resulta productiva para la reflexión crítica sobre la práctica y la teoría de la traducción. Pero, además, el libro resulta (o puede ser) de interés para, por ejemplo, la glotopolítica, la sociología de la literatura y las literaturas comparadas, entre otras áreas de conocimiento. Por último, la referencia a las editoras del libro, Poey Sowerby y Villalba, permite ampliar lo que habíamos mencionado como el segundo motivo de celebración de la edición argentina del trabajo de Casanova: la evidencia de cierto vigor de los estudios sobre traducción en nuestro país, que cuentan con exponentes de trayectoria, como Patricia Willson –mencionada en las palabras preliminares– o el propio Roberto Bein, a quienes se suman cohortes de investigadores más jóvenes, en este caso, representados en la figura de la traductora, Laura Fóllica, cuyo nombre aparece en la portada del libro –y con justicia– a la par del de Casanova.